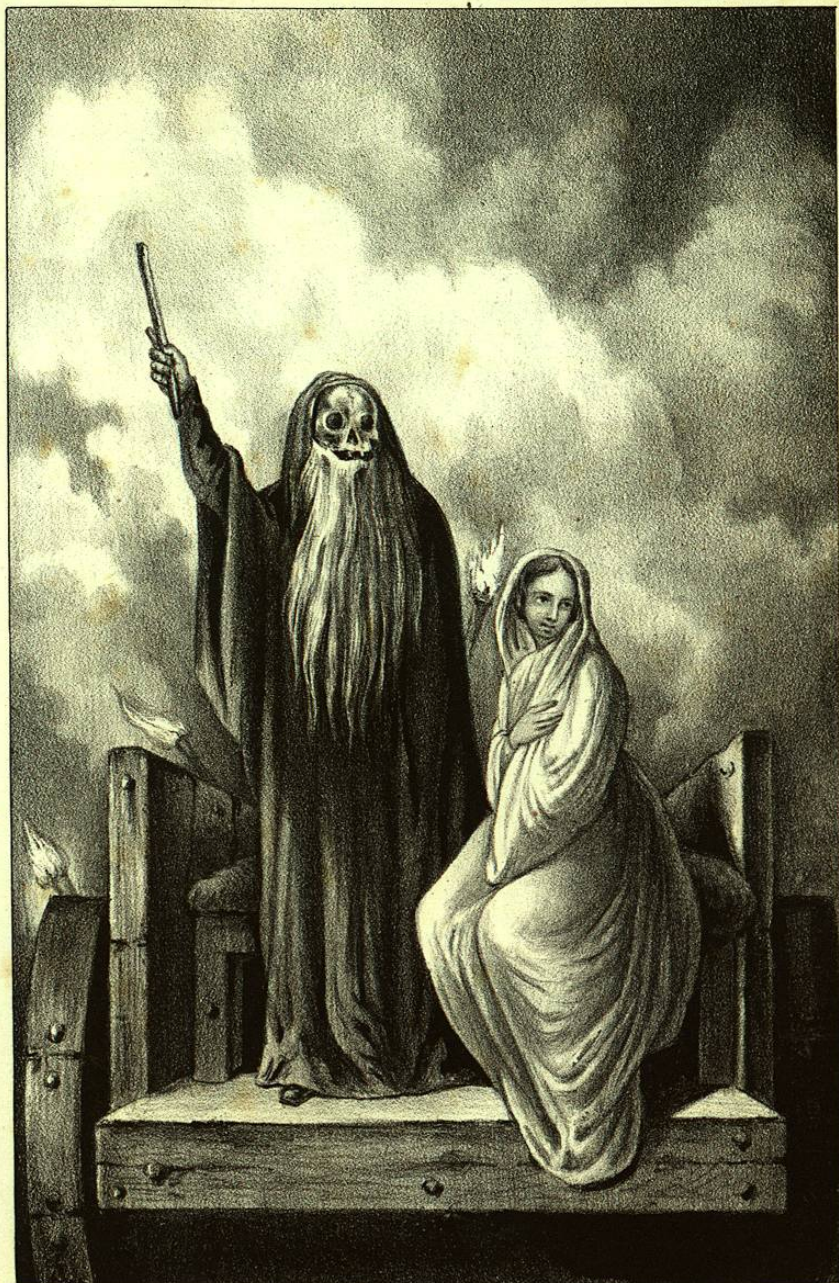




CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

AL compas de la agradable música vieron que hacía ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pásados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente, y en un levantado trono venía sentada una Ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, á lo menos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete: junto á ella venía una figura vestida de una ropa, de las que llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laudes que en el carro sonaban; y levantándose en pié la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó á decir desta manera:



—Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo¹.
(Mentira autorizada de los tiempos)
Príncipe de la Mágica, y Monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Émulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
A quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,
De los magos, ó mágicos contino
Dura la condicion, áspera y fuerte,
La mia es tierna, blanda y amorosa
Y amiga de hacer bien á todas gentes.

En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y caracteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,
Y su transformacion de gentil dama
En rústica aldeana: condolíme,
Y en cerrando mi espíritu en el hueco
Desta espantosa y fiera notomía,
Despues de haber revuelto cien mil libros
Desta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.

O tú, gloria y honor de cuantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guia,
De aquellos que dejando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el ejercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas:

A tí digo, ó varon, como se debe
Por jamas alabado: á tí valiente

¹ Véase en este tomo la nota pág. 147.

Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas
Al aire descubiertas, y de modo
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores.
Y á esto es mi venida, mis señores.

—Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho: no digo yo tres mil azotes; pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura.—Tomaros he yo, dijo Don Quijote, Don villano harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trecientos tirones, y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlín, dijo:—No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé agena mano, aunque sea algo pesada.—Ni agena, ni propia, ni pesada, ni por pesar, replicó Sancho: á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abrenuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pié la argentada Ninfa que junto al espíritu de Merlín venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció mas que demasiado hermoso, y con un desenfado varonil y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo:—

O mal aventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladron, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo, si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras, si te persuadieran á que mataras á tu muger y á tus hijos con algun truculento y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, ó miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de machuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y . . . de los años, pues tengo diez y nueve y no llego á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora, y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlín, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron¹ ese brio que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quijote, y dijo, volviéndose al Duque:—Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta, como una nuez de ballesta.—¿Qué decis vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa.—Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abrenuncio.—Abrenuncio, habeis de decir, Sancho, y no

¹ Cosa negligente y perezosa. Sacar de haron; avivar, y apresurar á otro.

como decis, dijo el Duque.—Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras mas á menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito con una tira mira de malos nombres que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ¿ó vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que hábia de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice, que si me coge, me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes: y habian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena dello, como de volverme Cacique.—Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolución, Sancho, ó vos habeis de ser azotado ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador.—Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor?—No, en ninguna manera, dijo Merlin: aquí, en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su prístino estado de labradora, ó ya en el ser que está será llevada á los Eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vúpulo.—Ea,

buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó:—Dígame vuesa merced, señor Merlin: cuando llegó aquí el diablo correo, dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar orden de que la señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta agora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejanzas. A lo cual respondió Merlin:—El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco: yo le envié en busca de vuestro amo; pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueva, entendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéredes: y por agora acabad de dar el sí desta diciplina, y creedme, que os será de mucho provecho así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la hareis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complecion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.—Muchos médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion, que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora Doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo se me han de tomar en cuenta. Iten, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran.—De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por

la buena obra. Así que no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza.—Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho: yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales, que el dia que al aurora venia pisando las faldas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo, con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia veras que mas gusto les diesen.



CAPÍTULO XXXVI.

Donde se cuenta la estraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su muger Teresa Panza.

TENIA un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un page hiciese á Dulcinea. Finalmente, con intervencion de sus señores ordenó otra del mas gracioso y estraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa á Sancho otro dia, si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de ser por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes.—Preguntóle la Duquesa que con qué se los habia dado.—Respondió que con la mano.—Eso, replicó la Duquesa, mas es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ó de las de canelones, que se dejan sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran Señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio. A lo que respondió Sancho:—Deme vuestra señoría alguna disciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me due la demasiado, porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ageno.—Sea en buena hora, respondió la Duquesa: yo os daré mañana una disciplina que os venga muy al justo y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dijo Sancho:—Sepa vuestra alteza, señora mia de mi alma, que yo tengo escrita una carta á mi muger Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobre escrito: querria que